CAPÍTULO V.

Los sentimientos maternales de María para con los hombres deben considerarse particularmente en el Calvario. María es la nueva Eva, como Jesucristo es el nuevo Adan. Relaciones misteriosas entre el paraíso terrenal y el Calvario. Era necesario que María se encontrase allí con Jesucristo. El sacrificio ofrecido por los padres de Sanson en su presencia fué una figura del sacrificio del Calvario, al que debian asistir el Padre eterno y María.

El amor de María al género humano y la generosidad de su ofrenda fueron, como el amor y la generosidad de Jesucristo, grandes, sublimes y heróicos durante la vida de su santísimo Hijo; mas en el momento de la muerte llegaron á su colmo y se elevaron al último grado de fuerza y de intensidad. Así es que puede decirse proporcionalmente de María, que habiendo amado á sus hijos adoptivos que estaban en el mundo, los amó en el fin sin límites ni medida (1). Si el Calvario es el lugar de su más cruel martirio, es tambien el teatro donde dió las pruebas más tiernas del amor más vehemente y donde acabó lo que habia principiado en el templo. Allí fué donde esta Mujer sublime, esta Madre llena de fortaleza y de amor consumó el sacrificio de su corazon, donde pagó generosamente el precio de su maternidad, y donde recibió de Dios el acta autén-

(1) Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos. (*Joan.*, XII, 1.)

tica, el dominio pleno y la solemne investidura de ella.

Mas ántes de entrar en la profundidad del misterio que María cumplió en el Calvario, es necesario conocer el fin por qué quiso el Señor que se encontrase allí, y el personaje que allí representaba.

El apóstol San Pablo nos enseña que el primer Adan es el tipo, el modelo, la figura y la profecía del segundo Adan, que es Jesucristo (1). En efecto, si el orígen de uno y otro Adan es diferente, supuesto que el primero, nacidó de la tierra, es terreno, y el segundo, descendido del cielo, es celestial (2), el segundo Adan retrató en su Persona con un espíritu totalmente diferente los diversos estados del primero. El se colocó en su lugar, cargó con sus pecados para expiarlos, con sus deudas para satisfacerlas, con sus maldiciones para destruirlas y con sus castigos para anularlos. El fué el orígen de toda justicia, como el otro lo habia sido de toda iniquidad. Con su sacrificio restableció todo cuanto habia destruido la desobediencia del primero. Jesucristo es, pues, el verdadero Adan, el Adan perfecto, el Adan por excelencia, el verdadero Padre que engendra á los hombres á la gracia y á la vida, como el primero los engendró á la desgracia y á la muerte. Mas si Jesucristo es, pues, el verdadero Adan, María es la verdadera Eva; porque, como dice San Juan Crisóstomo, María reparó todo lo que Eva habia destrui-

(1) Adæ primi qui est forma futuri. (*Rom.*, V, 14.)

(2) Primus homo de terra, terrenus; secundus homo de cœlo, cœlestis. (I *Cor.*, XIII, 47.)

do, así como Jesucristo rescató y restableció todo lo que Adan habia enajenado y perdido (1). Así, pues, Adan y Eva, que nos perdieron, se nos presentan como dos imágenes vivientes, como las profecías de los dos grandes Personajes que debian salvarnos, y por un secreto maravilloso de la sabiduría y de la bondad de Dios, nuestra restauracion está figurada por los autores de nuestra ruina. ¡Cuán grande es, cuán sublime y maravillosa la economía de nuestra religion! ¡Cómo todo se une y combina en ella! El paraíso terrenal anuncia y figura el Calvario; el Calvario ejecuta lo que el paraíso terrenal no habia hecho más que figurar; y el primero sirve al segundo de luz en la explicacion de los grandes misterios que despues de cuatro mil años se cumplen en El. En el primero, misterios de iniquidad, de orgullo, de severidad y de muerte; y en el segundo, misterios de santidad, de humillacion, de misericordia y de vida. Una cruz se eleva en medio de la Sinagoga, porque un árbol se eleva en el paraíso terrenal; nuestra salvacion nace de un árbol, porque nuestra perdicion comenzó en un árbol. El demonio, que habia triunfado por el madero, es vencido por el madero. La materia misma que habia servido al mal se convierte en antídoto, y, como observa San Máximo, con muchos padres de la Iglesia, lo que habia producido el mal se convierte en reme-

(1) Restauratur per Mariam quod per Evam perierat; per Christum redimitur quod per Adam fuerat captivatum. (*S. Joan. Chrisost., De Interd. Arbor.*)

dio (1). Un Adan nos vuelve la vida, porque un Adan nos habia dado la muerte. Si el Hijo de Dios es clavado en la cruz y muere con la apariencia exterior de un pecador, descendiendo así hasta el último grado de envilecimiento, pues que no hay cosa más baja ni más vil que el pecado, es porque el hombre habia llevado su orgullosa mano hácia otra cruz con la pretension sacrílega de hacerse semejante á Dios, aspirando así al más alto grado de elevacion, pues que nada hay más grande que Dios, y que solo Dios es realmente grande. Adan pecó, dice San Agustin, extendiendo sus manos sobre el fruto prohibido; del mismo modo Jesucristo, para expiar el pecado, extendió sus manos sobre el madero de la cruz (2).

Y si el odio del demonio asoció á Eva á la prevaricacion del primer Adan, la misericordia divina quiere asociar á María á la expiacion de Jesucristo, á fin de que los dos sexos, como dice San Bernardo, concurran á la reparacion del mundo, como habian concurrido á su ruina (3).

Eva al pié del árbol que da la muerte, exige, por

(1) In ligno crucifigitur, ut quia homo in Paradiso per arborem concupiscentiæ deceptus fuerat, nunc idem per arborem salvaretur, atque eadem materia quæ causa mortis fuerat, esset remedium sanitatis. (*S. Maxim.*)

(2) Adam peccavit extendendo manum ad lignum vetitum; sic Christus, ut peccatum hoc lueret, extendit manum ad lignum crucis. (*S. Aug.*)

(3) Congruum fuit ut adesse nostræ reparationi sexus uterque, quorum corruptioni neuter defuisset. (*S. Bernard.*)

consiguiente, y pide imperiosamente que María se encuentre al pié del árbol que da la vida. Porque si su Hijo debió colocarse en el lugar de Adan pecador, María ha debido colocarse en el de Eva pecadora. Ella debe ver con sus propios ojos el suplicio de Jesucristo y tomar parte en todos sus sufrimientos expiatorios, supuesto que Eva vió con sus propios ojos la caida de Adan y tomó parte en su rebelion. Y porque Adan pecó en presencia de Eva, Jesucristo parece que no puede ser crucificado ni morir sino en presencia de María; Jesucristo, de acuerdo con María, que concurre con una voluntad firme y generosa á la expiacion del pecado, debe hacerse cabeza de un pueblo de santos, porque Adan se habia hecho cabeza de un pueblo de criminales, en compañía de Eva, que con una voluntad plena y perfecta concurrió á la consumacion del crímen.

Aun cuando el Evangelio hubiera guardado silencio sobre este punto, al saber que Eva se encontraba al pié del árbol con Adan, y habia participado de su desobediencia, de su sensualidad y de su orgullo, nos hubiera sido permitido deducir con seguridad que María debió encontrarse tambien al pié de la cruz de Jesucristo, y participar de sus humillaciones, de sus tormentos y de sus oprobios.

Una israelita afortunada, que despues fué madre de Sanson, vivia en el dolor y en la afliccion porque á causa de su esterilidad no podia tener hijos. Ella ve un dia al ángel del Señor, que se le aparece de impro-

viso. Contra toda su esperanza, le anuncia éste que muy pronto concebirá y parirá un hijo, que debe ser la gloria y la salvacion de Israel. Poco tiempo despues el ángel del Señor se le aparece de nuevo, y Manue, su esposo, por consejo del mismo mensajero celestial, quiere ofrecer en su presencia un sacrificio á Dios, que obra esta maravilla. El toma un cabrito de su rebaño, lo inmola y lo coloca en la hoguera, para que sea consumido en holocausto. El esposo y la esposa asisten á este sacrificio con un religioso silencio, con los ojos fijos en la víctima, cuando de repente ven al ángel, que se les habia aparecido en forma humana, elevarse en los aires y colocarse en medio de las llamas, como para ser tambien sacrificado y consumido como una nueva hostia. En vista de esto, creen que el que habian tenido por hombre era el ángel de Dios, ó tal vez el mismo Dios (1).

Por esta reunion de circunstancias se ve claramente que este pasaje y este sacrificio encierran cierta cosa misteriosa, figurativa y profética. En efecto, ¿cómo es posible no ver en las palabras de que se vale el ángel para anunciar el nacimiento de Sanson á una esposa estéril por naturaleza, la profecía de las palabras con que se anuncia el nacimiento de Jesucristo á otra Esposa estéril por amor á la virginidad?

Las palabras son en los dos pasajes casi las mismas.

(1) Et intellexit Manue Angelum Domini esse, et dixit ad uxorem suam... vidimus Deum. (*Judic.*, XIII, 21.)

Un ángel dice á la madre futura de Sanson: «A pesar de la esterilidad, que te hace incapaz de tener hijos, HÉ AQUÍ QUE CONCEBIRÁS Y PARIRÁS UN HIJO, que será Nazareno de Dios, y librará á su pueblo de las manos de los filisteos» (1). Un ángel dice tambien á la Madre futura de Jesucristo: «No temas, María; aunque no conoces ni debes conocer varon, HÉ AQUÍ QUE CONCEBIRÁS Y PARIRÁS UN HIJO por obra del Espíritu Santo. El será Santo, y se llamará el Hijo de Dios. Tú le llamarás Jesus, porque salvará á su pueblo de sus pecados» (2).

Observemos, en primer lugar, que el sacrificio de Manue se ofrece en campo raso y en el mismo lugar en que el ángel se apareció por segunda vez á su esposa (3). El sacrificio de Jesucristo se ofrece igualmente fuera de la ciudad (4). Manue toma con sus manos el cabrito que debe servirle de víctima (5), y el Padre eterno viste á su Verbo de un cuerpo humano, para hacer de El una víctima digna de Sí (6). Manue colocó

(1) Sterilis es et absque liberis, sed *concipies et paries filium*. Erit Nazaræus Dei... et ipse incipiet liberare Israel de manu Philisthinorum. (*Judic.*, XIII, 35.)

(2) Ne timeas, Maria... Virum non cognosco... Spiritus Sanctus superveniet in te; *Ecce concipies et paries filium*. Quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei... et vocabit nomen ejus Jesum; ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum. (*Luc.*, I, 31, 34, 35; *Matth.*, I, 21.)

(3) Sedenti in agro. (*Judic.*, XIII, 9.)

(4) Extra portam passus est. (*Hebr.*, XIII, 12.)

(5) Tuluit Manue hædum de capris. (*Judic.*, XIII, 19.)

(6) Hostiam noluisti, corpus autem aptasti mihi. (*Hebr.*, X, 5.)

la víctima sobre una piedra (1), y el Padre eterno quiso que Jesucristo fuese crucificado sobre la roca del Calvario. Y el ángel que, bajo una forma humana, se coloca en medio de las llamas, ¿qué otra cosa significa, dice San Agustin, sino el ángel del gran consejo, el Verbo eterno, que, bajo una forma de esclavo, ó bajo la humanidad de que habia de vestirse, no debia recibir sacrificios, sino ser El mismo el sacrificio (2)? Finalmente, volviendo al sacrificio de Jesucristo, es indudable que Manue y su esposa, asistiendo de pié y con la vista fija en la inmolacion de la víctima (3), son la figura del Padre eterno y de María, que el uno de una manera invisible, y la otra de una manera visible, como se verá despues, asisten al sacrificio de su Hijo comun, miéntras que se ofrece en el Calvario.

Mas ¿por qué quiere el Padre eterno que la Madre esté presente al sacrificio y á la muerte cruel de su Hijo? ¿Es necesario que sus miradas amorosas sean atormentadas por un espectáculo tan desconsolador, y que sus ojos vean correr por mil heridas una sangre tan amada? ¿Es necesario que sus entrañas sean desgarradas por esta escena de horror, y que su corazon sea cruelmente despedazado? ¡Ah! Procuraremos comprender bien un misterio tan profundo.

(1) Et posuit super petram. (*Judic.*, XIII, 19.)

(2) Quod stetit Angelus in altaris flamma, magis significasse intelligendum est illum magni consilii Angelum in forma servi, hoc est in homine, quem susceptûrus erat, non accepturum sacrificium, sed ipsum sacrificium futurum? (*S. August.*, quæst. 54.)

(3) Ipse autem et uxor ejus intuebantur. (*Judic.*, XIII, 19.)

Es muy claro que los designios de Dios fueron que María cooperase á la salvacion del hombre por su obediencia y su caridad, como Eva cooperó á su caida por su egoismo y su orgullo. Pero Dios quiso que por parte de María esta cooperacion fuese libre y voluntaria, así como el primer designio fué libre y voluntario por parte de Dios; el sacrificio del Hombre-Dios lo exigia así para ser en todo digno de Dios. Así como esperó el consentimiento de María para hacer que concibiese su propio Hijo, así tambien quiso que este consentimiento interviniese para inmolarlo, y que el amor de la Madre se uniese al amor del Padre celestial, para que de comun acuerdo nos diesen su Hijo comun, y lo sacrificasen por nuestra salvacion. María habia hecho ya la ofrenda de su Hijo desde el momento en que fué Madre, y la habia renovado en todos los instantes de su preciosa vida, así como este Hijo habia aceptado la muerte desde el momento de su encarnacion, y desde su nacimiento, como dice San Bernardo, habia comenzado la pasion de la cruz (1). Mas los dos lo habian hecho en el secreto de su corazon y en el silencio de su amor á los hombres. Se necesitaba, pues, que la aceptacion del uno y la ofrenda del otro se hiciesen públicas y solemnes. Consintiendo Jesucristo en ser crucificado públicamente, debia María dar tambien su consentimiento público para la consumacion de su sacrificio. Nada puede hacer conocer mejor la voluntad libre

(1) A nativitatis exordio passio crucis simul exhorta. (*S. Bernardus.*)

y absoluta con que la Madre concurre al sacrificio del Hijo, que la resignacion heróica, la constancia extraordinaria y la calma perfecta con que asiste á él. Lo que la justicia de Dios exige en estos momentos misteriosos, y lo que la obediencia del Hombre-Dios acepta, la docilidad y el amor de la Madre de Dios le hace tambien aceptar y querer (1).

(1) Ut in omnibus conformis esset Patri et Filio. (*S. Bernard.*)